



#### CAPÍTULO IV.

**H**UBO de decidirse al fin que todos saldrían á cenar, sin cambiar el traje de camino, conformándose sólo con sacudir el polvo. Las muchachas, después de desprenderse del que habían recogido en el camino, se pusieron polvo blanco en la cara.

—¡Niñas! exclamó D.<sup>a</sup> Candelaria al ver que sus hijas hacían aquello delante de Gutiérrez; qué dirá el señor? habrása visto descaro igual! ya no se conforman con pintarse, sino que ni siquiera lo disimulan. Dice bien mi marido: estos extranjeros son los que vienen á traernos todas esas costumbres. Vaya V. á ver! Se empeñan mis

hijas en ser blancas, cuando ni de dónde heredarlo! yo he sido prieta toda mi vida, pero eso sí, sólo agua y jabón para mi cara. Dios me libre de andar como payaso.

—Es una costumbre muy generalizada, y además es higiénico.

—Es qué?

—Higiénico.

—Y qué es eso?

—Mi mamá no sabe lo que es higiene.

—En mi tiempo no había eso.

—Ahora tampoco, señora, pero se conoce el nombre.

—Y con eso basta?

—No, señora.

—Ah! será alguna de esas ciencias que han dado en aprender mis hijas, porque ¡ah, qué de cosas raras se estudian ahora! A ver, niñas, digan al Sr. Gutiérrez lo que están aprendiendo.

—No, mamá, dijo una de las niñas, no son cosas nuevas, todas son viejas, pero antes no se aprendían y ahora sí.

—Yo me opongo á que suelten la lengua



mis hermanas; tiempo tendrán de hablar de ciencias con el Sr. Gutiérrez; por ahora lo que importa es que salgamos á cenar, dijo Gumesindo.

—Al avío, dijo D. Trinidad, porque, lo que es apetito no falta.

—Por supuesto á Fulcheri, dijeron las muchachas.

—Se entiende, agregó Gumesindo. No faltaba más sino que nos fuéramos á meter ahora á una fonda mexicana.

—A Fulcheri, á Fulcheri.

El corresponsal dió el brazo á D.<sup>a</sup> Candelaria.

D. Trinidad se vió obligado á darlo á una de sus hijas, y la otra se tomó del de Gumesindo.

—Y dígame Sr. Gutiérrez, preguntó doña Candelaria: ¿es de rigor andar en México *del brasilete*?

—Es lo más cómodo, y los empedrados son tan malos que no sería difícil tropezar de noche.

—Ah, bueno, porque yo no veo bien, se

me ha acabado la vista con la costura, y como no conozco la vereda.....

—Pierda V. cuidado, D.<sup>a</sup> Candelaria; tómese V. con confianza de mi brazo.

—Ay, Jesús, María y José! exclamó doña Candelaria al llegar á la plaza del Seminario.

—Qué le sucede á V. señora?

—Que me lastima el gas.

—Qué gas?

—Ese blanco del farol, mire V. qué barbaridad.

—Esa es la luz eléctrica, D.<sup>a</sup> Candelaria.

—Por cierto de su *elétrica!* si está de volverse ciego.

—Es una luz hermosísima.

—Quite V. allá! qué hermoso vá á ser eso, si es peor que un hachón de ocote en las narices. De seguro yo me voy á enfermar esta noche de la vista, Sr. Gutiérrez.

—No se fije V. en los focos.

—Qué focos?

—Los de la luz.

—Cuáles son los focos? Usted tam-



bién es científico, pero yo no entiendo de focos.

—Pues bien, señora, no vea V. el farol.

—Si aunque uno no quiera! mire V. eso. Ya lo ves, Trinidad. Yo no sé como aguantan las gentes los..... los qué?..... Sr. Gutiérrez?

—Los focos.

—Los focos *elétricos*. ¿Tú los aguantas, Trinidad?

—Te confieso que están un poco fuertes.

—Pues ya se vé, y ahora comprendo, Trinidad de mi alma, como es que hay en México una escuela de ciegos; en mi tierra no la hay, y ya caigo por qué: como en mi tierra no hay *elétricas*.

—Sabes que puedes tener razón?

—¿Y eso tan grande de fierro que está en el centro? preguntó D. Trinidad.

—Cuál? eso con banderas?

—Es el Circo Orrín.

—Orrín, y qué es Orrín?

—El nombre del dueño.

—Entonces será el circo de D. Orrín.

—Eso.

—Y qué? Circo como todos?

—Es lo mejor que ha venido á México.

—Luego es de extranjeros.

—Sí, señora, de americanos.

—Ya lo oyes, Trinidad; el circo es de extranjeros.

—No te lo he dicho ya! vas á ver que venir á México hoy, es como si fuera uno á Francia.

—¿Conque todo el circo es de extranjeros?

—Sí, señora.

—Será bueno ver eso, Trinidad.

—Por de contado, ya vendremos.

—Y eso otro, qué es? dijo D.<sup>a</sup> Candelaria, señalando el jacalón inmediato al Circo.

—Es el Recreo de los niños. Es un teatrillo de títeres.

—Títeres! repitió D.<sup>a</sup> Candelaria, pues entonces esos sí son mexicanos, porque los extranjeros no entienden de títeres.

—Sí, señora; es empresa mexicana, lo mismo que aquella otra que está en el rin-



cón de la plaza; es otra diversión también de títeres.

—Y cuánto se paga?

—Medio real.

—Oye, qué baratos son los títeres, Trinidad, más baratos que en mi tierra.—Y por el circo cuánto se paga, señor Gutiérrez?

—Un peso.

—Que tal! oye esto, Trinidad: en los títeres mexicanos se paga medio, y en el circo extranjero se paga un peso.

—Así es en todo, y de eso es de lo que me lamento: á los extranjeros se les paga todo caro, y al hijo del país se le desprecia.

En esto llegaron al Zócalo.

—Ay! qué grande es el Zócalo! exclamó D.<sup>a</sup> Candelaria; es más grande que el de mi tierra.

—En la tierra de V. hay Zócalo?

—Pues cómo no!

—También allí, como en esta capital, emprendieron un monumento que no se llevó á cabo?

—Monumento? no, señor Gutiérrez.

—Qué objeto tiene su zócalo de ustedes?

—Pasearse.

—Entonces habrá un jardín, pero no un zócalo.

—No, señor, un zócalo en forma de jardín.

—Pero quién ha bautizado los jardines con ese nombre?

—Cómo quién? que así se llaman y eso es todo.

—Pues cómo se entiende eso, señor Gutiérrez? preguntó D. Trinidad.

—Mire usted, señor, le contestó Gutiérrez. Esta parte más elevada y en forma circular en cuyo centro está el kiosko de la música, se construyó para levantar sobre este cimiento un monumento á la Independencia de México; y como México ha andado hace muchos años á la cuarta pregunta, renunció á su proyecto, dejando para perpetua memoria de sus buenos deseos esta parte elevada sobre los cimientos, que era ya el principio del monumento, y á la que la arquitectura distingue con el nombre de *zócalo*. Al rededor se ha formado un

L. F.—3

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, N.M.



jardín y la gente se ha acostumbrado á decir «el zócalo» en vez de «el jardín del zócalo.»

—Entonces es un disparate, exclamó don Trinidad, que le llamemos zócalo al jardín de nuestro pueblo. Pues oiga V. lo que son las cosas, señor Gutiérrez. Sabe V. quién le puso ese nombre? Pues fuí yo, cuando funcioné de presidente municipal.



## CAPÍTULO V.

**Y**o quiero ver eso, dijo D.<sup>a</sup> Candelaria; vamos á ver lo que se llama Zócalo, y yo le diré á V., señor Gutiérrez, si lo hay ó no lo hay en mi tierra.

Los fuereños llegaron guiados por Gutiérrez al centro de la plaza, y D. Trinidad no pudo menos de tocar con sus manos la piedra, exclamando:

—Cónque esto es el Zócalo! Tiene usted razón, señor Gutiérrez; ahora caigo en que cuando hice una casita en mi tierra, el sobrestante me hablaba del zócalo. Pues señor, esto no tiene remedio. El jardín de la plaza de mi tierra se llama zócalo, aunque no lo tenga, y es seguro que así se seguirá llaman-



do en todas las generaciones venideras. Conque decía V. que en este lugar se pasea la gente todos los días?

—No todos los días precisamente, porque ya he dicho á V. que se turna. Este lugar es el favorito de la gente pobre, y se posesiona de él. La gente acomodada entonces se pasea por las calles tortuosas y obscuras del jardín; y para que se cambien los papeles es necesario poner unas tablas que aislan este círculo, destinado entonces á los ricos, previos dos pesos de entrada.

—Vea V. que cosas! Y entran muchos?

—Sí, señor; como cuatrocientos ó quinientos.

—Válgame la Virgen! exclamó D.<sup>a</sup> Candelaria, quiere decir que son mil pesos!

—Poco más ó menos.

—Y para quién es ese dinero?

—Para Bejarano.

—Oye eso Trinidad. Aprende para que hagas lo mismo allá.

—Pero mujer, si en nuestro pueblo no hay tanta vanidad como aquí.

—Que no hay vanidad? Vaya! ¡qué bien se conoce que no tratas á las hijas del juez de letras! pues ¿y las Rosados, y las Limones, y las Piñas? Vaya! todas esas por ir á lucir la boneta, serían capaces de darte cinco pesos.

—Además, agregó D. Trinidad, el zócalo de nuestro pueblo es un paseo público, hecho por el ayuntamiento para recreo del pueblo sin distinción de clases.

—Pues este Zócalo es lo mismo. Solo que ese señor trigueñito tiene fortuna para poner de su parte á los regidores; para que le alquilen á él solo lo que pertenece á todos. Tú puedes hacer lo mismo, mira: lo que es al síndico lo tienes de tu parte con sólo que dejes que sus vacas sigan pastando en tus terrenos, á D. Pioquinto y D. Agapito, con sólo que te hagas sordo en lo del denuncia de la parroquia, harán lo que tú quieras; al pobre de D. López con diez pesos verá la gloria abierta, y así por el estilo. Yo sé lo que te digo, Trinidad: si tú no te ingenias no haces letra, y de algo nos ha de servir hacer



tantos gastos para venir á la capital. No me decías que aquí se aprenden muchas cosas? Pues ya lo ves, y la primera que hemos aprendido vale la pena. Decididamente, Trini, al volver, lo primero que hago es pedirle sus tablas prestadas á mi compadre, que tiene tantas, y ya verás como hacemos nuestro circo de á *pesote* la entrada.

—Bueno, ya seguiremos hablando de eso; por ahora vamos á cenar, porque ya me muero de hambre.

—Es lo mejor que podemos hacer, dijo Gumesindo, que hablaba poco.

Siguieron andando por el jardín con dirección á la calle del Refugio y D.<sup>a</sup> Candelaria preguntó:

—Y estas sillas?

—Se alquilan, contestó una mujer que estaba oculta tras de un árbol.

—Oye Trini, todo aquí se alquila. En mi tierra se sienta la gente en el jardín de la plaza, sin pagar, tenemos bancas, eso sí, de piedra; pero se sienta todo el mundo sin sacaliña de ninguna clase.

Entraron por fin á Fulcheri y Gutiérrez instaló á la familia en un gabinete. Gutiérrez fué el primero en quitarse el sombrero y colgarlo para indicarle á Gumesindo y á D. Trinidad que lo imitaran; pero ya hemos dicho que el sombrero de Gumesindo era descomunal, y fué necesario colgarlo del barboquejo. Apareció un criado con la lista, y Gumesindo leyó en voz alta: «consomé, sopa de ostiones, pasta italiana....»

—Nosotras consomé, dijeron las muchachas, que ya venían aleccionadas por su hermano.

—Qué van á tomar estas niñas? preguntó D.<sup>a</sup> Candelaria.

—Consomé.

—Y qué es eso?

—Caldo, respondió Gumesindo.

—Caldo á estas horas ¿con tortillas?

—Aquí no hay tortillas.

—Adios! caldo y con pan, sea por el amor de Dios.

—Yo sopa de ostiones, dijo Gumesindo ¿y ustedes? preguntó á su mamá.



—Mira, yo no conozco esos guisos; que los traigan á ustedes y veré por lo que me decido.

—Tiene V. razón, señora, dijo Gutiérrez; de la vista nace el amor.

—Y V. papá?

—Yo también espero ver con la que pierdo.

—Consomé para tres, dijo Gutiérrez al criado, y sopa de ostiones para uno.

—Yo no sé por qué me parece que me voy á quedar sin cenar, dijo D.<sup>a</sup> Candelaria.

—No diga V. eso mamá. Esta es una de las mejores fondas de México.

—Bueno, hija, será muy elegante, ya veo que hay espejos, pero vamos á ver el sazón.

En esto llega el criado con lo que habían pedido.

—Ese es el mentado consomé?

—Sí, mamá, éste; quiére V. probarlo?

—Me parece que no ha de saber á nada.

—Pero es de mucha sustancia, señora, dijo Gutiérrez; es el jugo de la carne.

—Eso he oído decir.

—Vaya, que nos traigan consomé, decidió D. Trinidad.

—Efectivamente, continuó, cuando lo hubieron traído; no tiene mal gusto, y sí es de sustancia..... ¿Qué te parece, Candelaria?

—La verdad: Este será un caldo muy bueno, pero está en francés. Prefiero el nuestro con arroz y garbanzos. Las niñas no pudieron menos que hacer notar á su mamá que tales rasgos de franqueza harían reir á los criados. Gumesindo tomaba sopa de ostiones por la primera vez, obedeciendo á cierta tradición trasmitida por un amigo suyo que había venido á México varias veces. D. Trinidad mostró buen apetito y celebró la novedad de los platillos; pero en cuanto á D.<sup>a</sup> Candelaria hubo necesidad de mandarle dar chocolate.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, N.MEX.



36210





## CAPÍTULO VI.

**E**L día siguiente era domingo. Toda la familia fué á la Catedral muy temprano, excepto Gumesindo que comenzó á correr de cuenta de un amigo en quien había cifrado todas sus esperanzas para conocer la capital. Se había instalado en el parrillero de los lagartijos; quiere decir, en la 1.<sup>a</sup> calle de Plateros, formando parte de esa costra de pollos que se cría en las puertas y contra los muros á todo lo largo de la calle. Gumesindo descollaba, entre los pollos vestidos de negro, por su sombrero canelo adornado con anchos galones de oro y por su pantalón de montar ajustado á la pierna. Gumesindo peinaba los veintiuno,

era buen mozo, de grandes ojos negros y estaba en esos momentos en que el hombre piensa sólo en dos cosas: en su persona y en el amor. En lo segundo había estado pensando hacía tres semanas y consideraba que había llegado el momento supremo de la elección, iba á ser feliz y se preparaba á la felicidad con todas sus fuerzas; pero para tal empresa no contaba con más elementos que con sus atractivos personales; su vanidad le decía que con eso le bastaba, y le parecía imposible que así como á él le habían gustado más de diez mujeres en menos de una hora, él, por decontado, bien podría hacer impresión en una ó dos. Para buscar ese síntoma se volvía todo ojos, y las más veces fijaba su mirada en las señoras que pasaban, con más insistencia y más intención de lo que conviene á un payo.

Cierto grupo de jóvenes que lo observaban á corta distancia, lo habían declarado su centro de atracción, y el objeto de curiosidad y de comentarios en las largas horas de la ociosidad que esa nata de los



colegios y las tiendas emplea en guardar las fiestas.

—Mira aquel charrito, Paco; se conoce que acaba de llegar.

—Se conoce que es un fuereño rico.

—Y ha de venir como toro de once.

—Deja que empiecen á pasar *esas señoras*, y verás cómo se alborotan.

—¡Vaya! dijo otro. Si Concha y Luisa que acaban de pasar sacaban medio cuerpo por la portezuela para verlo.

—Mira, mira, ahí vuelven.

—Él también ya picó: míralo, ya conoce el coche.

—Y Luisa viene guapa.

—Ya vá á pasar, pónle cuidado.

El coche pasó cerca de Gumesindo, y Luisa, efectivamente, que era una joven vestida de raso azul claro, sacó la cabeza por la portezuela y saludó á Gumesindo con la mano. Gumesindo extendió todo el brazo para alcanzar la altísima copa de su sombrero canelo, y lo levantó sonriendo para contestar el saludo, mientras se levan-

taba en los aires el eco de una carcajada coral salida de la costra de reptiles del lado opuesto de la calle.

Gumesindo, no obstante, estaba absorto en su propia satisfacción y no acertó á conectar el saludo y la carcajada. No le daba á aquel saludo su valor real, sino que con la lógica de su vanidad había venido á deducir que él, joven apuesto y de apariencia seductora, había impresionado á la joven del vestido azul más que á las otras. Misterios del amor, se decía Gumesindo á sí mismo; yo hubiera querido que la otra, esa que pasó á pié, tan elegante, tan bien vestida, tan majestuosa, hubiera sido la que.... pero en fin, la azul es lindísima y..... es lindísima.

